— Entonces ¿por qué has venido á buscarme á este país?

— Porque así me ha agradado.

— Sabías que tu presencia me crearía embarazos con mi familia y deficultades conmigo mismo... ¿Y sin embargo, has venido?

La joven se encogió de hombros.

— ¿He vacilado yo nunca ante un capricho?

Cristián prosiguió con voz sorda:

— ¿Sabes lo que se dice al rededor de mí? Que te has instalado en Dammarie para reanudar tus relaciones conmigo...

—Las reanudaría si quisiera, puesto que te ofreces...

— ¡Y tú me rechazas! ¡Ah! Soy muy cobarde y muy miserable al mendigar así tus favores...

La Dhoriel repuso con áspera insolencia:

— Es que no puedes pasarte sin mí... Te conozco, amigo mío. He puesto en ti mi sello y te he marcado con mi cifra. Lejos de mí no sabes qué hacerte. He conocido algunos así, que no han podido acostumbrarse á la separación. El hermoso Julietti murió de consunción en Nápoles instituyéndome su heredera universal. ¡Pobre diablo! No puede una, sin embargo, hospitalizar á los dejados por cuenta de la galantería... Ya ves como te trato mejor que á los demás, puesto que te doy entrada en mi casa... Puedes venir cuando quieras...

— Y abandonaré mi mujer y mi padre para vivir como un parásito, sufriendo á tus amantes, que serán los dueños, como yo lo fuí en otro tiempo... ¿Es esto lo que me ofreces?

— ¡No puedo hacer más por ti!

— ¡Y á esto vienen á parar los años de vida común, y para eso he hecho tantas locuras y estoy dispuesto á

hacerlas todavía más abominables!... Tenían razón los que decían que iba á mi perdición... No los he escuchado y heme aquí reducido á la desesperación ó al suicidio...

— ¡Bah! Me estás fastidiando con tus jeremiadas... Si tienes miedo de marchar conmigo, vuélvete con tu familia...

—¿Para qué? Has arruinado de tal modo mi corazón, destruído mi inteligencia y apagado mi valor, que soy incapaz de todo esfuerzo para el bien. Si te dejo, vuelvo á mi vida monótona y me acecha la embriaguez... Dicen en mi casa que tienen dispuesto un remedio infalible que me curará de mi vicio y me impedirá caer en él; pero sé que se engañan, y aunque no se engañasen ¿querría yo la razón á ese precio? Si no pudiera beber y refugiarme en el olvido ¿qué recurso tendría contra la existencia? No me quedaría más resolución que levantarme la tapa de los sesos y tú lo sabes bien, pues leo el gozo en tus ojos... ¿Es, pues, verdad que me odias y que has jurado mi perdición porque te humillé abandonándote? No quería creerte implacable, pero tengo que rendirme á la evidencia, puesto que no niegas siquiera, puesto que dices que sí con la cabeza riéndote de tu crueldad y del éxito de tus cálculos. Porque me tienes ¿verdad? Me tienes á tus pies y puedes á tu antojo conservarme ó arrojarme, sin que yo pueda escaparme, tan envilecido me has puesto. ¿Es eso lo que piensas, mirándome con tus ojos diabólicos y riéndote de mi desastre, que es tu obra?

La Dhoriel no respondió, pero siguió riendo. Cristián continuó hablando sin dirigirse ya á Etiennette. Parecía haber olvidado que aquella mujer estaba allí y perdía poco á poco la conciencia de la realidad.

— ¡Esta es la obra de estas criaturas... Pasan por el mundo como una plaga. Todo lo que tocan está maldito. La miseria, la imbecilidad y la traición las siguen. ¿No sería hacer un servicio á la humanidad aplastarlas como á un bicho inmundo donde quiera que se las encontrase?

Etiennette frunció las cejas. Las extrañas frases de Cristián empezaban á desagradarla.

— ¿Qué está diciendo? ¿Acaso pierde la cabeza?

Cristián no pareció haberla oído y se puso á andar lentamente y á ir y venir delante de ella, siguiendo su pensamiento.

— Hay accidentes en la vida. Sucede que en un barco, durante un paseo, una mujer cae al agua y se ahoga... Se la encuentra después inflada y verde entre los juncos de la orilla y nada queda de la criatura de gracia y de belleza que encantaba todos los ojos... ¿Es esta la Etiennette que manejaba á los hombres con su blanco dedo? Sí, no existe... Ha habido un desesperado enfurecido que la ha ahogado... ¡Ja, ja, ja!...

Cristián se detuvo delante de ella y la miró con expresión burlona.

La Dhoriel empezaba á tener miedo. Estaba sola con él y lejos de todo auxilio. Dueña de sí misma sin embargo, se preguntaba por qué medio podría hacerse oir si fuera necesario. Con mucha calma dijo :

— Vamos, Cristián, no nos eternicemos aquí... Abre esa verja...

— ¡Ah! Quieres dejarme... Pero yo no quiero. Bastante tiempo has mandado,.. Ahora me toca á mí...

— ¿Vas á tenerme aquí contra mi voluntad? ¿Pretendes asustarme?

— ¡Oh! Ya sé que eres valiente, sobre todo cuando te crees la más fuerte... Pero aquí el más fuerte soy yo!

Aquí todo me obedece y mando hasta en la materia...

Etiennette trató de llevársele.

— ¡Vamos! Este aire es malo para ti. Los vapores del alcohol se te suben á la cabeza.

— ¡El alcohol es la potencia de la casa Vernier!... Has sido muy audaz al venir á desafiarme hasta aquí...

Etiennette quiso apaciguarle para obtener por la persuasión lo que no alcanzaba con su autoridad, y se puso cariñosa é insinuante :

— Pues bien; querías llevarme contigo hace un momento... Te sigo... He querido probarte y veo que me amas sinceramente... Y yo, niño mimado, ¿te he negado algo alguna vez? Dame la llave de esa verja...

— ¡No! No salgo de aquí y tú te quedas conmigo... Me has enseñado á beber... ¿Quieres beber ahora conmigo?...

Cogió uno de los cubiletes de estaño que había en todas partes al alcance de la mano, y lo llenó de aguardiente.

— ¡Mira! Mira el claro líquido... ¿No percibes qué aroma?

Etiennette, cambiando de proyecto, cogió el cubilete y se dispuso á hacer beber á Cristián para escaparse cuando estuviera aniquilado por la embriaguez.

— ¡Bueno! dijo. ¡Bebamos!

Puso el cubilete delante de la nariz de Cristián, pero el joven le rechazó con repugnancia y dijo con sombría cólera :

— ¿En el cubilete? ¿Por qué no en un dedal? Eso es bueno para ti. Yo bebo en el mismo tonel.

Cristián se inclinó, apretó la espita entre los dientes y aspiró el alcohol á grandes tragos. La Dhoriel le miró fríamente y siguió en su cara los efectos espantosos de aquella absorción frenética. Cristián se puso

muy pálido, sus ojos vacilaron y su respiración se hizo anhelante, pero su boca siguió absorbiendo el líquido. El joven se levantó sin respiración como un nadador que sale del fondo de las aguas, dió un horrible suspiro y se retiró dejando abierta la espita, por la que salía un abundante arroyo que corría por las losas y serpenteaba por la verja para ir á perderse en el exterior. Cristián se sentó en una viga y dejó caer la cabeza sobre un hombro con expresión estúpida. La Dhoriel se aproximó y le habló dulcemente mientras le palpaba con las manos buscando las llaves. Pero el beodo la rechazó con dureza y la hizo chocar contra la pared. Etiennette se levantó de un salto con la cara descompuesta por la cólera y se arrojó sobre él.

— ¡Abre! ¡Abre en seguida! ¿Oyes? ¡Quiero marcharme!

— ¡No! Te quedas conmigo... ¡Nos iremos juntos!...

Etiennette no comprendió el sentido de estas palabras y creyó que le ofrecía todavía vivir con él.

— ¿Vivir contigo? Ya sabes que no cambio jamás mis resoluciones... ¿Vivir contigo ahora? ¡Jamás!

Cristián la cogió de un brazo, la sacudió y dijo mirándola con ojos terribles:

— ¡Vivir conmigo! No... ¡No se trata ya de eso! ¡Lo que ahora vas á hacer, Etiennette, es morir conmigo!

La joven tuvo esta vez tal miedo ante aquel borracho espantoso que la amenazaba de muerte, que se quedó inmóvil y muda. Cristián continuó con creciente agitación.

— Hablaba de deshacerme de ti, pero hay muchos modos de librar á la humanidad de un monstruo, de una criatura de muerte y rapiña. Se la puede ahogar en el río; estrangularla entre las manos ó abrasarla en el

fondo de una bodega... ¡Abrasarla! ¿Entiendes? ¡Hay aquí para hacer un enorme ponche! ¡Mira el torrente de alcohol que sigue corriendo! ¡Mira esos toneles llenos y esa cisterna hasta arriba!... ¡Un fósforo y todo se inflama!...

Cristián, con un terrible aire de ironía, cogió su caja de fósforos y Etiennette recobró la voz y el valor y se arrojó sobre los hierros de la verja gritando con todos sus pulmones:

— ¡Socorro!... ¡Á mí! ¡Socorro!

Cristián no se tomó siquiera el trabajo de arrancarla de la verja. Raspó un fósforo y le echó encendido al alcohol. En el instante una llama azul serpenteó hasta las faldas de Etiennette, que dando un rugido de dolor huyó hasta el fondo de la cueva y siguió dando roncos gritos como una fiera cogida en el lazo. El fuego ganaba las otras barricas y la cisterna y se elevaba como una cortina inflamada delante de la verja. Cristián, impasible, fué á sentarse en la viga como si no oyera ni viera nada. De repente el fuego ganó una barrica, que estalló con el ruido de un cañonazo, y miles de lenguas de fuego brotaron hacia la bóveda. Otra barrica estalló. Y todo desapareció entre el humo y las llamas.

. . . . . .

Dos meses después, Vertemousse, de vuelta de una cacería, se presentó en el club, y encontró á Clamirón, que le cogió de un brazo y se lo llevó á un saloncillo solitario.

— ¡Ah! Me alegro de encontrarte. Tú tienes cosas que contarme, pues estabas en Gourneville cuando ocurrió la desgracia.

— Querido amigo, te lo ruego, no renueves mis tristezas... Ese asunto me es atrozmente penoso.

Y además estoy obligado á la mayor discreción.

— ¿ Conmigo también ? Tú te burlas. Anda, cuenta pronto. Yo era un hermano para Cristián y un padre para Etiennette ! ¡ Qué pérdida para las malas costumbres ! ¿ Es verdad que Cristián la achicharró deliberadamente ?

Vertemousse bajó la voz.

— Sí. La atrajo á la fábrica, no se sabe cómo, y allí, en un acceso de alcoholismo furioso, prendió fuego al aguardiente y se abrasó con ella, como un nuevo Sardanápalo...

¿ Y no hubo medio de apagar el incendio?

— ¡ Oh ! ¡ Si hubieras visto aquello ! Volvíamos de Montereau en coche, con Vernier, su mujer y Raimundo...

— ¡ Qué casualidad !

— Cuando vimos en el horizonte una gran humareda, después resplandores, y por fin grandes chorros de chispas que trepaban por el cielo como los cohetes de unos fuegos artificiales... ¿ Qué es eso? nos preguntábamos, pero Vernier no se engañó mucho tiempo y exclamó « ¡Fuego en la fábrica ! » Echamos á correr á San Remigio. ¡ Ah, querido ! Cuando llegamos, las bodegas, los talleres, todo era una hoguera. El alcohol, la abricotina, el ajenjo, todas las especialidades de la casa, corrían como un torrente hacia el Sena, que arrastraba los licores en vez de agua. Allí se ha visto el efecto que los licores de ese querido Vernier hacen en el organismo. El río estaba lleno de peces, por millares, reventados y con el vientre hacia arriba...

— ¿ Y sabía Vernier que su hijo estaba en la fábrica cuando la vió ardiendo?

— Lo supo enseguida por el director, que le anunció que la señora de Dammarie estaba con él...

Aquello fué un rayo de luz... Todos nos miramos...

— ¿ Pensasteis que Cristián había prendido fuego ?

— Sí.

— Pues no me extraña, porque yo, de lejos, tuve la misma idea. Ya sabes qué suciamente se había conducido Etiennette con Cristián. Si ha visto claro el juego de su antigua amiga, teniendo un poco de alcohol en la cabeza, se ha entregado á una destrucción general...

— Puedes pensar los esfuerzos que se hicieron para apagar el incendio. Vinieron las bombas de Fontainebleau y de Melun, que estuvieron tres días echando agua en los escombros. El director se multiplicaba, y el ingeniero de la fábrica, un hombrecillo ridículo, se mostró heroico. Le arrancaron del fuego con el cabello y la barba quemados y empeñado todavía en llegar hasta Cristián...

— ¿ Se sabía en qué parte de la fábrica se hallaba ?

— Los obreros le vieron dirigirse á las bodegas... Pero allí era donde el alcohol ardía con más fuerza...

— ¿ Se ha encontrado su cuerpo ?

— No. Ni el de Cristián ni el de Etiennette. Las llamas lo han devorado y purificado todo.

— ¡ Hermosa cremación !

Los dos amigos se callaron un instante y después preguntó Clamirón :

— ¿Y la mujer de Cristián, cómo tomó el suceso?

— Con una conmovedora resignación. No había sido muy feliz con nuestro noble amigo y no lo hubiera sido mucho más en el porvenir... Pero si no me engaño, tendrá un buen desquite cuando acabe el luto...

— ¡ Digo ! ¡ No pierde el tiempo !

— ¡ Clamirón, mira lo que dices ! Estás hablando de una mujer del género de tu madre, una de esas cristianas que devuelven bien por mal. La viuda de Cris-

tián es amada por un hombre de primer orden, el doctor Juan Angogne.

— ¿El hijo de aquel viejo cargante? ¿Y qué dice de eso Vernier?

—Dice que será una justa compensación de las desgracias de su nuera y una legítima recompensa de sus virtudes.

— ¿Y la suegra, la encantadora Emmelina?

— ¡Ah! querido, preparándose á dar un heredero á Vernier...

— ¿Qué me cuentas?

— Lo que oyes. Vernier estaba sumido en tal dolor, que su mujer ha hecho un esfuerzo para proveer la vacante...

— ¡Es amable por parte de Raimundo!... Francamente, Templier debía eso á Vernier...

— De modo que nuestro industrial, todo regenerado con sus esperanzas de paternidad, se ha dedicado de nuevo á los negocios y ha hecho reconstruir la fábrica con todos los adelantos modernos.

— ¡Ahí le tenemos, más vendedor de veneno que nunca!

— ¡Bah! ¿Qué quieres? Si no fuera él, sería otro. Puesto que la humanidad quiere beber aun á riesgo de caer en la locura y en el crimen...

— Es evidente, dijo Clamirón, que no se le puede poner á la fuerza un bozal... ¡Peor para ella! ¡Que beba y que reviente!

FIN